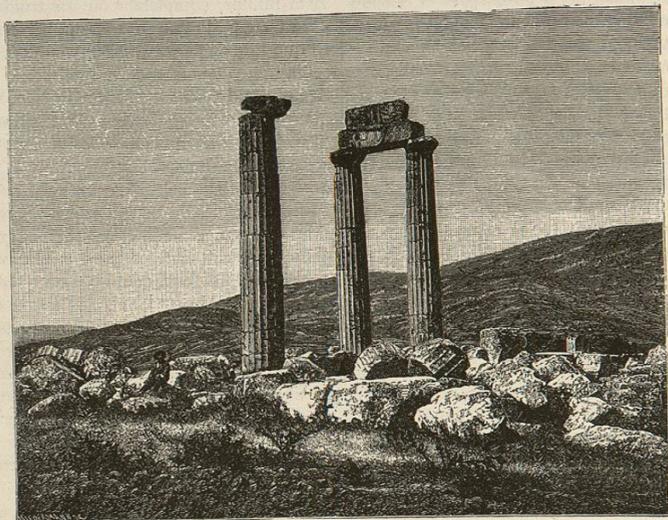


tagineses solo quedaron en posesión de la ciudad de Gades. Mientras los romanos sometían las ciudades hispánicas que se resistían, como Ilturgis, Castulo y Astapa, apelando para ello muchas veces á crueldades sin cuento; mientras se firmaban nuevas alianzas con Sifax y aun con Masinisa; mientras Escipion, á causa de una enfermedad que dió origen á cierto motin entre sus soldados, y á causa de un levantamiento en España, que pronto fué sofocado, se encontraba casi imposibilitado de atender á todo, y se veía obligado á marchar á Roma para conquistarse el consulado del año 205, recibió Magon de Cartago la órden de evacuar á Gades y de emprender, con todas las tropas y medios de guerra que en esta ciudad se encontraban, la marcha por mar hácia Italia,



Restos del templo de Júpiter en Nemea

libraban. Los etolios, protegidos por los buques de guerra de Roma y Pérgamo, procuraban someter en parte la Acarnania, y en parte una serie de lugares del centro y Norte de Grecia, y penetrar, al través de la Tesalia, en Macedonia, para lo cual se veían apoyados por los pueblos ilirio-tracios del Norte. En el Peloponeso intentaban además atacar desde Elis á los aqueos. El jefe del partido etolio en Esparta era, desde la muerte del rey Licurgo, acaecida en 211, el jóven guerrero Macanidas, que, prescindiendo de los derechos de Pelope, hijo de Licurgo, se había apoderado en 210 del poder supremo, estableciendo una especie de tiranía militar. La historia de la severa oligarquía espartana tocaba á su fin, comenzando también en el Eurotas la época de la tiranía, si bien muy pronto Macanidas se enemistó con los aqueos.

Los romanos pudieron, en tales circunstancias y protegiendo moderadamente á los etolios, evitar fácilmente para Italia todo peligro que pudiera provenirle del Oriente. La historia de esta nueva guerra griega nos interesa solamente porque entonces se formaron en el suelo de la antigua Grecia las relaciones que diez años despues habían de marcar la direccion de la política griega de los romanos y de la guerra del Senado contra Filippo. Estas circunstancias influyeron en la situación misma de Filippo, primero por el nuevo levantamiento de los aqueos y segundo por la conducta política de los etolios.

Filippo mostró personalmente en la guerra griega, cuando

para intentar una nueva irrupción en aquellos territorios. Anibal hubo también de recibir nuevos refuerzos, y se impetó el auxilio de Filippo de Macedonia para un caso extremo.

Había llegado ya el momento de poner en ejecución el pensamiento del jóven conquistador de España, que era llevar la guerra al Africa, y para hacer frente á este peligro hizo en Cartago un llamamiento á todas las fuerzas del país. Nada había ya que esperar de Macedonia, pues la guerra de Grecia continuaba hacia muchos años con grave detrimento del bienestar de los pueblos y ciudades helénicas, aunque sin importancia para la decision de la lucha de Italia. Las cosas pasaban como pocos años antes, en tiempo de la guerra de los aliados: pocas eran las grandes batallas campales que se

la necesidad le obligó á ello, la energía, la resolución y la seguridad política y militar de que había dado pruebas en las relaciones sostenidas con Anibal y con Roma. Mientras los etolios, aliados en un principio con los romanos, conseguían victorias importantes, y se conquistaban en Grecia una mala fama, con los actos de barbarie por ambos pueblos cometidos (como los que llevaron á cabo en 210 con motivo de la conquista y saqueo de la focense Anticira y de la isla de Egina y los realizados en 209 ó 208 en Dime y Oreos, cuyos habitantes fueron vendidos como esclavos), logró el rey, aprovechando la indignación que tales hechos causaban en Grecia, resistir victoriosa y gradualmente á los etolios. Como los romanos habían enviado á este punto escasas fuerzas, consiguióse, en el año 208, la mediación de los rodios, para restablecer la paz; pero una fuerte invasión de los romanos hizo ilusorias tales esperanzas. Cuando, sin embargo, en 207 Atalo de Pérgamo comenzó la lucha para rechazar los ataques de su enemigo Prusias de Bitinia; cuando la crisis del año 207 debilitó la intervención de los romanos, y cuando, finalmente, el mismo Filippo, que había arrojado á los etolios de Tesalia y Focea, penetró de nuevo en 206 en las comarcas centrales, llegando hasta Thermon, los etolios quedaron ya hartos de una guerra que tantos perjuicios les había causado.

Contribuyó á ello, también, el hecho de que la causa de sus amigos del Peloponeso iba de mal en peor. Despues de

la muerte de Arato, apareció en primer término aquel excelente oficial que tuvo la misión histórica de organizar convenientemente y conducir á la victoria, por última vez en la antigua Grecia, las fuerzas de su pueblo. El valiente Filopemenes de Megalópolis, de quien hemos hablado á su debido tiempo, nacido en 253, hijo de un rico propietario, general dotado de vastos conocimientos científicos y tácticos, soldado experto y valeroso que se captaba las generales simpatías y se había educado militarmente en Creta, donde había sido jefe de mercenarios despues de la batalla de Selasia; fué en 210 y 209 el Hiparca de la Liga aquea. Comenzó entonces una completa y radical reorganización de la táctica guerrera de la caballería é infantería de los aliados, consiguiendo desde luego con su energía y su buen tacto, formar una excelente caballería. Despues, como presidente de la Liga, formó en 208 y 207, con los descuidados pero excelentes materiales que le proporcionaron las masas de arcadios y aqueos, así en la ciudad como en el campo, una buena infantería armada al estilo macedónico. La Liga tuvo que agradecer á su actividad la posterior formación de un ejército nacional compuesto de 4,000 jinetes y 40,000 infantes. El audaz Filopemenes, que, á pesar de todo, no puede ser comparado por sus dotes de general ni por su desapasionamiento como hombre de Estado, con su modelo Epaminondas, no tardó mucho en poner á prueba á sus soldados. La suerte le favoreció, pues consiguió durante el verano del año 207 derrotar en Mantinea al príncipe Macanidas que hostilizaba constantemente á los aqueos y que en 208 se había apoderado de Tegea: 4,000 enemigos, entre ellos el propio jefe espartano, perecieron en el combate, siendo hechos prisioneros un número de ellos mayor todavía y desarmado el resto de las tropas espartanas. Grande fué el entusiasmo de los aqueos, los cuales en los inmediatos juegos némeos saludaron al vencedor con el nombre de restaurador de la fama de los helenos. El mismo rey Filippo, á pesar de que confiaba muy poco en la disciplina que en los aqueos había restablecido Filopemenes, consiguió, con esta victoria de sus aliados, una fuerte posición frente á frente de los etolios; y como estos no habían recibido desde el año 206 auxilio alguno de Italia, se dejaron convencer por los rodios, bizantinos y otros mediadores griegos, de la conveniencia de no continuar con Roma un tratado que les impedía hacer con Filippo una guerra independiente de su aliada; de tal suerte que firmaron á principios de 205 con el macedonio, y sobre la base de la conservación de las recíprocas adquisiciones, una paz poco provechosa para ellos. No presumían los etolios cuánto habían ofendido, obrando de esta suerte, á los rencorosos hombres de Estado del Tiber, y procuraron reparar su pobreza y sus culpas sirviendo como mercenarios en Egipto.

El rey Filippo, por su parte, pensó en acudir finalmente, al auxilio de los cartagineses. Cuando el romano P. Sempromio acampó con sus considerables fuerzas en las fronteras del Epiro, comprendió, despues de algunas demostraciones militares, que los epirotas veían con buenos ojos la intervención. A fines del año 205 firmóse en Fenice (Caonia), capital de la Liga epirota, entre Filippo y los romanos, una paz que debía regir desde luego entre ambos beligerantes, á pesar de que algunos aliados estaban todavía alzados en armas, y á la cual se adhirieron los atenienses que desde el año 209 estaban de parte de los romanos. Filippo pudo conservar el territorio de los atintanos. Sin embargo, el tratado de paz no hizo desistir á este insensato de su intento de apoyar con hombres y dinero á los cartagineses.

Entre tanto, los romanos se proponían de un modo decisivo, despues de terminada la guerra de España y de haber acorralado á Anibal al extremo meridional de Italia,

GRECIA Y ROMA

dar el golpe mortal á Cartago, llevando la guerra al Africa. Este era, por lo menos, el deseo de Escipion y de sus muchos partidarios y admiradores. En tales circunstancias, el conquistador de la península hispánica fué elegido unánimamente por las centurias cónsul para el año 205. Esto no obstante, encontró en el Senado adversarios poderosos: algunos de los antiguos generales, á cuyo frente figuraba el cunctator Fabio, no estaban conformes con la manera de portarse Escipion como general, ni con su disciplina militar, ni con el modo de presentarse, inspirado en los principios modernos, tan distintos de los que formaban la vida de los antiguos romanos: además, el temor que les inspiraba Anibal era tan inextinguible, que consideraban sumamente peligroso comenzar la guerra en el Africa (cosa que ya de antiguo se tenía por muy difícil) antes de que se destruyera hasta el último soldado cartaginés que hubiera en la península.

Sin embargo, Escipion tenía razón al decir, fundado en los principios de su superior estrategia, que con un enérgico ataque contra la metrópoli enemiga, se obligaría al ejército de Anibal, al cual en todo caso fácilmente podrían hacer frente los romanos, á abandonar la Italia. Era un mal que el jóven héroe pensase en obtener del pueblo, á despecho del Senado, una decision, en virtud de la cual se le confiase la dirección de la guerra de Africa. Esto, sin embargo, no se realizó: los tribunos de la plebe establecieron con el Senado un compromiso por el cual se aconsejó á Escipion que renunciase á sus pretensiones contrarias á los usos y costumbres, mientras el Senado buscaba un medio de acceder hasta cierto punto á sus deseos. El cónsul obtuvo el permiso para dirigirse á Sicilia y luego al Africa: en aquella isla debían reunirse primero la escuadra, las máquinas de sitio y el ejército, y despues el Senado dió á Escipion las legiones que sufriendo castigo se hallaban estacionadas desde la derrota de Canas, y le concedió facultades para reclutar en Italia el debido número de voluntarios.

XVII.—ESCIPIÓN SE APRESTA EN SICILIA PARA PASAR AL AFRICA.  
Q. PLEMINIO

Escipion, con su acostumbrada confianza, se dirigió en condiciones tan poco favorables hácia Sicilia: sus esperanzas no le engañaron. Mientras los gastos que llevaba consigo el apresto de una escuadra de 30 buques de guerra corrían á cargo de las ciudades de la isla y de otras municipalidades etruscas é itálicas comprometidas, 7,000 voluntarios italianos (umbrios, sabinos, marsos y pelignos), y muchos veteranos de Marcelo aceptaron gozosos el alistamiento en el ejército. Dos acontecimientos, sin embargo, turbaron durante aquel año el contento que en los romanos había producido el estado de cosas mencionado.

Por un lado se echó de ver el salvajismo en que había caído una parte del ejército romano, á consecuencia de esta larga y cruel guerra. Escipion, por medio de inteligencias que desde Sicilia habían mediado entre él y los habitantes de la Lócride epicefira, había conseguido arrebatar á los cartagineses esta ciudad y su ciudadela, uno de los últimos puntos de defensa que Anibal tenía en el Brucio. Este suceso fué acompañado de lamentables horrores; pues no solamente se envió al suplicio al jefe del partido cartaginés, lo cual se explica en aquellos tiempos, sino que el legado romano Q. Pleminio que mandaba las tropas dejó que estas saquearan las casas y los templos y permitió que sus soldados se entregaran á toda clase de abusos contra la vida y el honor de los habitantes. Dos comandantes, Sergio y Matieno, á quienes el legado había engañado con motivo del saqueo, se declararon contrarios á tal procedimiento, y esto

aceptaran la paz, para salvar, por lo ménos, con la existencia de Cartago, su propio porvenir. Las nuevas condiciones impuestas por Escipion fueron esta vez mucho mas duras que las anteriores; por ellas debian los cartagineses reducir su escuadra á 10 buques, entregando el resto á los romanos, y no podian aumentarla en manera alguna; lo propio se disponia respecto de los elefantes, de suerte que no podia domesticarse ninguno mas: la contribucion de guerra se aumentó hasta 10,000 talentos que debian ser pagados en el espacio de 50 años. A cambio de esto, Cartago conservaba su autonomia y sus territorios africanos, á condicion de que los cartagineses no emprendieran guerra alguna fuera del Africa, ni aun en el Africa misma sin consentimiento de los romanos, y de que entregaran á Masinisa todos los dominios que éste y sus antepasados habian poseido.

Por muy costosas que fueran, Cartago aceptó estas condiciones, las cuales por el Senado y los comicios tribunados fueron ratificadas en marzo del año 201 en Roma, á donde

habia ido como embajador Hannon, el enemigo de los Bárquidas. El incendio de la escuadra entregada á los romanos á la vista de los desventurados cartagineses; la decapitacion de los desertores latinos y la crucifixion de los romanos, pusieron fin á la larga serie de escenas horrorosas que caracterizaron esta guerra. La importancia política de Cartago desapareció para siempre; pues en Africa, junto á la república mercantil púnica, mortalmente herida, existia la nueva y fuerte potencia del reino de Numidia, solo debilitada un tanto, por haber sido concedida á Vermina una parte del reino de su padre. Roma podia desde entonces considerarse, al Oeste del Adriático, como la primera potencia occidental. El héroe que conquistó la gloria de haber conseguido la última victoria sobre los cartagineses, Escipion, halló, durante su viaje de regreso á Italia, una brillante acogida en todas partes, haciendo en Roma la mas magnífica entrada triunfal que la ciudad del Tiber habia presenciado, y usó desde aquel momento el orgulloso nombre de «Africano.»

## SEGUNDA PARTE

Desde Zama hasta Numancia

### CAPÍTULO PRIMERO

GUERRAS DE LOS ROMANOS CON MACEDONIA Y SIRIA

- I. Fatales consecuencias que para Italia tuvo la guerra de Anibal.—II. Perjudicial sistema económico de Roma. La esclavitud en Italia.—III. Analistas y poetas romanos.—IV. Nueva guerra céltica en Italia, desde el año 201. Sumision de los celtas.—V. Guerra liguria. Las provincias hispánicas y la guerra hispánica.—VI. Las potencias helenistas. Expedicion conquistadora de Filipo V de Macedonia.—VII. Guerra de los romanos contra Filipo V de Macedonia. Victoria de Flaminio en Cinoscéfale.—VIII. Roma declara independientes á los helenos (196). Situacion de los protectores romanos en Grecia. Nabis.—IX. Agitacion de los etolios contra Roma y á favor de Antioco III. Guerra sirio-etolia.—X. Batalla de las Termópilas. Guerra etolia.—XI. Luchas en el mar Egeo. Victoria de los romanos en Magnesia. Derrota de los etolios.—XII. Nuevo orden de cosas en los Estados del Asia Menor. Los gálatas.

#### I.—FATALES CONSECUENCIAS QUE PARA ITALIA TUVO LA GUERRA DE ANIBAL

El pueblo romano y los itálicos, en definitiva, habian pagado muy cara la sumision de los cartagineses. Los escasos datos que acerca de este punto han llegado hasta nosotros, nos demuestran que la larga duracion de esta guerra, y sobre todo, la manera como la hicieron ambas potencias beligerantes, habia diezmado notablemente la poblacion de la península de los Apeninos y habia quebrantado en alto grado su bienestar. Los cálculos aproximados que sobre ello se han hecho, demuestran que Italia, durante aquellos años de horror, perdió cerca de un millon de habitantes, que perecieron ya en los campos de batalla, ya victimas del hambre, de la miseria y de la peste. Los ciudadanos romanos fueron quizás los que mas tributo pagaron á estas calamidades, pues de 270,000 que vivian en Roma en el año 220, se vieron reducidos en 204 á 214,000: 300,000 itálicos murieron en esta guerra y 400 pueblos quedaron destruidos. Pero la que mas sufrió fué la Baja Italia, desde el Volturno hasta las fronteras de Tarento y de la Lócride, pues sobre ella habian pesado todos los rigores de la guerra desde la batalla de Canas, es decir, durante trece años.

La Baja Italia habia tenido que soportar la pesada carga de los dos ejércitos enemigos, y se habia visto asolada por los crueles celtas y los africanos de Anibal de un lado, y de otro por las hordas que seguian la bandera romana y por los verdugos romanos que castigaban á los sublevados, entregándose todos ellos al saqueo, al incendio y al asesinato. La Apulia, el Samnio, la Campania meridional y la Lucania fueron las comarcas que mas padecieron: las ciudades que continuamente cambiaban de partido y que pasaban de unas á otras manos, conservaban terribles huellas de tales catástrofes. Los mismos cantones que solo temporal y accidentalmente habian sido teatro de la guerra, sufrieron considerables perjuicios, pues tambien en ellos se cebaron la desolacion y despoblacion del país y la miseria y la carestía, resultados naturales de los inauditos sacrificios que hacia necesarios la guerra. Consecuencia inmediata de la larga y cruel lucha, tan inhumanamente seguida contra el mortal enemigo extranjero y contra los aliados desertores, fué que la rudeza y el salvajismo se

apoderaron de la nacion, cuyos habitantes aptos para tomar las armas no habian cesado de practicar los bárbaros usos de la antigua guerra. Una gran parte de los ciudadanos romano-itálicos se veian, á causa de la guerra, sumidos en la mayor miseria, por lo cual se trasladaron á la capital, donde vivieron, unos como proletarios, y otros como veteranos. Además, el afan de botin y el sistema de saqueo habian hecho entrar á los romanos en una vía funesta; y la misma severa disciplina de los soldados de la república se vió notablemente quebrantada. Otros soldados, como las legiones de Canas, no habian podido abandonar las armas en quince años; además, eran muchos los que sentian cierta repulsion por la existencia civil y por los negocios, no comprendiendo ni sintiéndose inclinados mas que á la vida militar, con lo cual se quebrantaron, así en la capital como en los cantones de Italia, las buenas tradiciones y las antiguas y honradas costumbres de la ciudad y del campo.

Afortunadamente el elemento predominante en el Estado itálico, con gran penetracion y ardiente entusiasmo, consiguió encontrar y practicar los medios oportunos para cicatrizar las profundas heridas de Italia y asegurar á esta nacion, que tantas pérdidas habia sufrido, un brillante y dichoso porvenir. Desgraciadamente, sin embargo, la nobleza dominante no estuvo á la altura de su noble mision cuando se trató de resolver otros problemas, antes bien en la vida social de los romanos y de los itálicos se introdujeron una serie de lamentables modificaciones, que fueron causa de que, en el nuevo período, nacieran una porcion de peligros interiores, que hemos de bosquejar cuando el curso de la historia nos conduzca á las ruinas de Cartago y de Numancia.

En primer lugar, la obra de la restauracion de Italia se vió principalmente contrariada por la nueva situacion del Senado que, haciendo valer sus derechos, impedia á los romanos emplear con energía toda su actividad en los trabajos de la paz. La última guerra púnica habia dado origen á una nueva raza de guerreros que gastaba la juventud de la península itálica ya en el Po, ya en España, ya en Grecia, y que hacia inclinar la tendencia de la política senatorial del lado de las relaciones con el extranjero. A pesar de esto, el Senado emprendió la tarea de robustecer ante todo, ampliar en lo posible y no privar de los necesarios bienes á la postrada clase

media, la mas importante del Estado romano. Mucho se hizo en este sentido despues de la paz de Escipion. Las devastaciones de la guerra y los severos castigos que los romanos impusieron á los pueblos de la Baja Italia que se habian pasado á Anibal, permitió al Estado romano entrar en posesion de inmensos bienes señoriales, que, en parte, sirvieron sin duda para levantar nuevas poblaciones rurales. Muchos de los territorios del devastado Samnio fueron concedidos á los soldados del ejército de Escipion, siendo tambien adjudicadas á ciudadanos romanos muchas tierras de la Apulia. Además, las necesidades originadas despues por la guerra greco-helénica para conservar la seguridad de Italia, fueron causa de que no solo se fortalecieran las antiguas colonias como Venusia, Narni y Cosa, sino que se establecieran posteriormente (194 á 192) una serie de colonias civiles en los mejores puertos de la Baja Italia, como Sipontum, Crotona, Puteoli, Salerno, y por último en Turios, bajo el nombre de Copia, y en el Vibo en el Brucio, con el nombre de Valencia. La sumision de la comarca de los celtas de la Alta Italia, que estudiaremos mas adelante, dió ocasion á que se fundaran, al Norte de los Apeninos, un gran número de colonias de brillante porvenir.

Si nos fijamos en el conjunto de Italia, veremos que estas nuevas creaciones solo en parte consiguieron suplir los perjuicios de la última y desastrosa guerra púnica y la dura severidad del Senado habian causado al bienestar y á la poblacion de la Baja Italia. Las fuerzas de los pueblos meridionales sabelios estaban para siempre quebrantadas: los ricos territorios de Cápua, que habia sido condenada á la decadencia, pasaron á ser dominio de los romanos, los cuales los arrendaron en pequeñas porciones. Los picentinos del Silaro fueron diseminados por las aldeas y despojados de su derecho militar y de su autonomía municipal: los samnitas, lucanos y apulios hubieron de someterse á una fatal revision de sus tratados y á ceder una parte importante de su territorio; de suerte que solo las ciudades italiotas que, como Nápoles, Nola, Reggio y Heraclea, se habian mantenido constantemente fieles á Roma, conservaron su antiguo modo de ser. Las demás ciudades de la Baja Italia, y en parte los mismos etruscos, hubieron de comprender que el nombre de aliados era entonces sinónimo del de súbditos.

## II.—PERJUDICIAL SISTEMA ECONÓMICO DE ROMA. LA ESCLAVITUD EN ITALIA

En extremo perjudicial para el desenvolvimiento de las fuerzas agrícolas y para la posibilidad de una restauracion de las comarcas de la Baja Italia, que tanto habian sufrido, fué el hecho de que una parte importante de los territorios que habian pasado á ser bienes del Estado romano, no fueron convenientemente distribuidos, sino ocupados por los grandes propietarios y aprovechados únicamente para pastos, y así como en las selvas del Brucio ocupó un lugar importante la actividad industrial y agrícola, en las asoladas comarcas de Lucania, y especialmente en la Apulia, predominaron las dehesas de pasto.

Mas adelante fué tambien funesto para las generaciones futuras el hecho de que en Roma, y en el propio territorio de los ciudadanos romanos, los grandes propietarios y capitalistas adoptaron un sistema agrícola harto propio para preparar á la larga, pero de un modo seguro, la decadencia de la clase media. En Roma se habia ido formando poco á poco una clase de ricos capitalistas, alcanzando gran importancia el tráfico del dinero y el espíritu mercantil de la nacion, que con el tiempo habia de dar funestos resultados. La historia romana de los posteriores tiempos nos mostrará cuán perjudicial fué para los súbditos del pueblo dominante la plaga de

banqueros y prestamistas, desconocedores de las excelencias del cambio, que invadió las provincias romanas. La importancia que el capital tuvo para el romanismo hizose patente desde el momento en que predominó el sistema por el cual el Estado, cuyo ejemplo imitaron muy pronto los particulares, cedió á los capitalistas, ya aisladamente, ya reunidos en sociedades, la percepcion, primero de las contribuciones directas, luego de los diezmos, y posteriormente de todas las cargas é impuestos, así como las construcciones públicas, á cambio de una fuerte suma pagadera al contado ó á plazos. Fué, sin embargo, funesto para la agricultura romana el que la codicia de los capitalistas se cebase, no solo en [el comercio, sino tambien, y con preferencia, en el cultivo agrícola, sin guardar tampoco grandes consideraciones á la industria. Para expresar esta idea con mas claridad, diremos que los capitalistas comenzaron por arrendar ó comprar en Sicilia y en las provincias ultramarinas grandes propiedades, para conseguir, con ayuda de gran número de esclavos, el monopolio de la agricultura y de la ganaderia en grande escala. Y como esto importaba escasos gastos, los «cereales, producto de trabajo esclavo» hicieron muy pronto una peligrosa competencia al consumo de los del trabajo libre de Italia. Y como el Senado, apelando á un procedimiento insensato, y mirando en parte, por el mas cómodo y barato aprovisionamiento de la poblacion pobre de su capital, adoptó el sistema de llevar á un bajo precio al mercado de Roma los productos agrícolas de que habian de proveerse las provincias, y que no se aplicaban al aprovisionamiento de los funcionarios y de las tropas de las provincias mismas, y como además se siguió el procedimiento, que luego se generalizó, desde el principio de la guerra macedónica, de alimentar á los ejércitos que estaban en activo servicio con los cereales ultramarinos, mas baratos que los de la península, los productos itálicos no solo vieron considerablemente mermado su consumo, sino que sufrieron una disminucion de precio en extremo perjudicial. Por otra parte el precio bajo de los artículos de primera necesidad y en el estado que entonces tenia la Italia, no aprovechaba á ninguna poblacion industriosa que no habia; y como el Estado se hizo esencialmente agrícola, de aquí que la agricultura arrastrara en Italia una existencia penosa.

La principal calamidad, sin embargo, recayó sobre los mismos agricultores. Los grandes propietarios contaban con medios poderosos, tales como la compra de extensos territorios, cuyo cultivo les resultaba muy barato por medio de los esclavos, y el paso de la siembra á otros cultivos, tales como el de los olivos, viñedos, legumbres y á la cria de ganado en grande escala, todo lo cual podia muy bien resistir la competencia extranjera. Así es que estos grandes propietarios supeditaban á los que solo tenian escasos bienes. Desde que la ley Claudia, en 218, habia impuesto trabas á los senadores y á sus hijos para el ejercicio del comercio marítimo, prohibiéndoles toda clase de especulacion de lucro, fué muy comun, entre los que no querian eludir la ley, colocar sus caudales en fincas, aconteciendo que se compraban campos y tierras á los labradores romanos, que, en gran parte, no podian sobrellevar las pérdidas y devastaciones de la guerra, ó, acostumbrados á la vida militar, no se sentian inclinados á la agricultura, ó, en fin, era reclutados para las guerras de Grecia y de España. Este sistema fué mas peligroso desde el dia en que los mismos capitalistas se dedicaron á comprar los bienes de los campesinos romanos, y sus consecuencias tomaron un carácter de suma gravedad á fines del período que habia iniciado la paz de Escipion, siendo distintas segun la naturaleza é historia de cada una de las varias comarcas de Italia. Estas consecuencias se dejaron sentir mas entre los agricultores romanos que entre los itálicos, de una parte porque entre estos

no habia ningun gran propietario que adoptase este sistema, y de otra porque los capitalistas romanos no podian adquirir con tanta facilidad propiedades en comarcas donde no regia el derecho romano.

Otra de las consecuencias fatales para el «trabajo libre» de Italia que esto produjo, fué que el sistema de las vastas propiedades se relacionó con la mayor extension dada á la esclavitud. Los grandes vacíos que la guerra habia dejado en la poblacion de Italia se llenaron, ciertamente, pero mas que con gente libre, con esclavos que fácilmente se habian adquirido, ya por medio de la compra en el extranjero, ya por las continuas luchas sostenidas en Cerdeña, en Liguria, en España y en varios otros puntos. El número de esclavos cuyos servicios utilizaban los capitalistas en las provincias, especialmente en Sicilia, y los grandes propietarios en Italia, en territorio no romano, particularmente en Etruria, iba en constante aumento. Además se aumentaban de un modo considerable los terrenos destinados á pastos en algunas comarcas, como en la Apulia. Los esclavos pastores que apacentaban durante el verano á la intemperie, sus numerosos rebaños, especialmente de ovejas, podian tener caballo y llevar armas para defenderse contra los lobos y los ladrones. Pero cuando se importaron en Italia tantos esclavos extranjeros que hablaban distintos idiomas, sus señores les trataron de un modo severo y harto desapiadado. Lo que la moderna demagogia social califica de explotacion injusta del trabajo del hombre fué una verdad en la agricultura romana de aquel siglo y de los posteriores, en los cuales se utilizaban tan solo las fuerzas físicas del hombre aplicándolas á trabajos agrícolas; y para mantener la disciplina entre estas masas, para prevenir los complots que podian tramar, para castigar las crueles luchas intestinas y los asesinatos, se apelaba á menudo á la crucifixion. Pronto se echaron de ver los peligros que consigo traia la acumulacion de tales masas de esclavos. Así las hordas de proletarios itálicos, promovieron, en los años que siguieron á la gran guerra, motines que, como los acaecidos en el Lacio (198) y en Etruria (196) fueron originados por los esclavos y tuvieron que ser dominados por las tropas.

Bajo el punto de vista estrictamente político vióse desgraciadamente que á pesar de la perseverante fidelidad y de la abnegacion de la mayor parte de los aliados itálicos, se desarrollaba cada vez mas en Roma, así en el pueblo como en la nobleza, un espíritu egoísta y exclusivista respecto del resto de Italia; precisamente en una ocasion en que, por un lado, tomaban mal aspecto las relaciones con los sabelios del Sur, y por otro, el Estado habia adquirido con la España una nueva y grande provincia, conquista con la cual se habia hecho altamente necesario crear al pueblo señor del Tíber una extensa base etnográfica. Este era, indudablemente, el momento mas oportuno para conceder á los latinos y á los demás pueblos afines de la Italia central, en premio de su fidelidad, el derecho de ciudadanos romanos, ó, por lo menos, para poner en práctica la ley de Carvilio. Pero nada de esto se hizo: muy al contrario; el antiguo sistema que hacia pesar sobre los aliados itálicos las cargas de la guerra mas que sobre los romanos, no solo continuó en vigor, sino que se exageró considerablemente desde que se trató, durante las guerras hispánicas y griegas, de favorecer á los cansados romanos. Además, fué prevaleciendo cada vez mas la costumbre, muestra de la decadencia del antiguo carácter romano, de conceder mayores recompensas á los ciudadanos de Roma que á los itálicos, por victorias conseguidas con el esfuerzo de todos. En una palabra, y aun cuando esta funesta direccion que tomaba la política romana solo se manifestó gradualmente, bien puede decirse que los romanos siguieron una senda desastrosa. Despues que en el año 188 fueron admitidos los últimos «ciu-

dadanos pasivos» romanos al goce del pleno derecho de ciudadanía, se suspendió durante muchos años la antigua y prudente práctica de agregar nuevos miembros al pueblo dominante. La generalidad del pueblo romano, desde el hombre mas insignificante al mas ruin de la capital, tomó ciertos aires aristocráticos respecto de los demás itálicos, dando origen en los mejores pueblos de la península á cierto sentimiento hostil y cierto descontento, que tres generaciones despues habian de estallar de un modo temible, y que estaban alimentados por la corrupcion romana, que tantos progresos hizo en aquella sociedad durante el siglo segundo antes de Jesucristo, y por la tendencia que mostraban los romanos á cometer violencias contra los itálicos.

## III.—ANALISTAS Y POETAS ROMANOS

Sin embargo, las fuerzas nacionales interiores y exteriores de los romanos estaban quebrantadas, sí, pero no agotadas: el hecho culminante era que se habia conseguido una victoria completa; y la conciencia de haber vencido sin auxilio de ninguna potencia extranjera y con las solas fuerzas itálicas, daba á la nacion nuevo aliento y gran confianza. Los grandes acontecimientos acaecidos, la influencia cada vez mas notable de la civilizacion y de la cultura helénicas, y el conocimiento profundo de las manifestaciones del espíritu griego, de las obras clásicas de los helenos y de la literatura helénica, dieron origen á la literatura romana. Por este tiempo comenzó á aparecer la historiografía romana, que justificó plenamente su nombre; solo que á falta de formas de escritura rápidas y de estilo latino, el gran analista Quinto Fabio Pictor, que en vez de las colecciones de noticias sueltas de la crónica de la ciudad, escribió una narracion conexa y una exposicion mas ó menos ordenada de la historia de Roma desde los primitivos tiempos hasta la terminacion de la segunda guerra púnica, en la cual domina naturalmente cierto espíritu nacional, se sirvió para sus obras del idioma griego. Esto, unido á la predileccion que se sentia por la vida helénica y por la finura griega, hizo que los romanos no solo se familiarizaran con la bella lengua del pueblo afín que habitaba la península oriental, sino que estudiaran y modificaran científica y gramaticalmente su propio idioma latino. Dos hombres de clase menos elevada intentaron escribir la historia romana en el idioma nacional y en verso, es decir, en crónicas métricas. Uno de ellos, el primer poeta romano de importancia, hombre dotado de gran talento y de excelente carácter, fué Cneo Nevio, oriundo, segun se cree de una municipalidad latina de la Campania, el cual vivió probablemente desde 264 á 191 y luchó como simple soldado durante la primera guerra púnica. Animado por el ejemplo de Andrónico, al cual imitó no pocas veces, superándole en ingenio é imaginacion, dió á su pueblo en el año 204 una historia versificada de la ciudad, en la cual se trataba especialmente de la primera guerra púnica, que describia animada, sencilla y claramente, con datos de la época tomados por él mismo. El propio Nevio, impresionado por las formas griegas, trabajó con ardor para fundar con espíritu romano la comedia nacional, en cuya rama de la poesía dramática, mostró un talento poco comun. Pero la severidad con que la policia romana ejercia la censura política no le permitió imitar la audacia de Aristófanes. Sus primeras comedias se representaron probablemente en el año 235. Nevio consiguió, además, grandes éxitos con sus producciones trágicas, para las cuales tomó su argumento de la historia romana.

Mucho difirió del anterior su mas joven contemporáneo Quinto Ennio (239 á 169), de origen mesapio (de Rudie),

produjo colisiones entre las suyas y las restantes tropas, siendo muy maltratado el propio Pleminio. Escipion, que se encontraba en Mesina, apresuróse á presentarse en la Lócride, y aunque restableció el orden en ella, cometió la gran falta de mantener en su puesto al legado, el cual, en vez de enviar á Roma, como debía, á los dos comandantes, para que se abriera la debida informacion, mandó azotarles y darles cruel muerte, y trató con furor bárbaro á los lócrios que le habian delatado en Mesina. Acudieron los lócrios en queja á Roma, y poco faltó para que el Senado quitase el mando al general en jefe; pero por último se contentó con enviar á la Lócride una comision senatorial y dos tribunos que, despues de haber devuelto sus bienes á los habitantes, que llegaron á formular acusaciones contra el mismo Escipion, condujeron á Pleminio y á treinta y dos culpables á Roma, en donde el cruel legado encontró la muerte, en el calabozo llamado tuliano, que estaba debajo del Capitolio.

Por otro lado, el gobierno cartaginés habia hecho, bajo dos puntos de vista, grandes progresos para evitar el peligro de un desembarque de los romanos, ó por lo menos, para quitarle mucha fuerza, en caso de que se llevara á cabo. Habíase conseguido atraer de nuevo á la causa cartaginés á uno de los mas poderosos caudillos nómadas, cuyo territorio estaba próximo á Cartago, y á quien los romanos habian logrado antes atraer á la suya. Nos referimos á Sifax, el poderoso príncipe de los masilos, á quien se dió por esposa la hija del general Asdrúbal, hijo de Giscon, la altiva, hermosa é instruida Sofonisba. El nuevo aliado dió desde luego pruebas de su actividad, declarando ruda y feliz guerra al sublevado príncipe de los masilos, Masinisa, el cual, criado y educado en Cartago, se habia enamorado de la propia jóven.

Además, el general Magon, al frente de 14,000 hombres y procedente de las Baleares, habia verificado su desembarque en Génova, desde donde procuró reclutar nuevos contingentes ligurios y celtas. Dado el estado de cosas en Italia, podian los romanos esperar fundadamente que los cónsules del año 204, P. Sempronio Tuditano y M. Cornelio Cetego, limitarían en gran manera la esfera en que habian de desenvolver la guerra los hijos de Amílcar en Italia.

Todo estaba ya preparado por parte de los romanos. Siguiendo las indicaciones de los libros sibilinos habíanse dispuesto diversas ceremonias religiosas. Los romanos estaban en la creencia de que el enemigo solo podria ser derrotado y arrojado de Italia, cuando fuese conducida á Roma la Cibeles, la madre frigia de los dioses del Ida, que se encontraba en el Pessino asiático. Una gran embajada, con cinco buques de guerra y bajo la proteccion délfica y pergamesa, debía llevar del Asia la colosal estatua, en que el espiritualismo del Pessino veneraba á la diosa. Por fin en 204 y despues de grandes ceremoniales, fué conducida esta estatua, desde Ostia á Roma, en donde la admision en el culto de esta divinidad oriental originó nuevas creencias y nuevas prácticas que en nada elevaron el sentido moral del pueblo.

XVIII.—VICTORIAS DE ESCIPION EN AFRICA. BATALLA DE ZAMA.  
PAZ DE ESCIPION

Escipion, por su parte, procedió de muy distinta manera y pudo en el otoño del año 204, despues de hacer los debidos sacrificios y ceremonias, embarcarse en Lilibeo y dirigirse al Africa, llevando consigo 52 buques de guerra, 400 de transporte y 35,000 soldados. Sin obstáculo alguno cruzó las aguas que separan á Sicilia del Africa y desembarcó en el bello promontorio (hoy cabo Farinas) al Oeste del golfo de Cartago, no lejos de Utica. En este punto se encontraba el príncipe Masinisa que habia sido arrojado de su territorio

por Sifax, y que, enemigo acérrimo de Cartago, se pasó á los romanos con unos centenares de jinetes. Pronto se generalizó la guerra en el territorio africano. Los romanos, despues de un feliz combate sostenido por la caballería y de varias expediciones de rapiña, acamparon delante de Utica para conquistar esta ciudad y con ella uno de los mas fuertes puntos de defensa contra Cartago. Esto, sin embargo, se hizo difícil cuando los cartagineses, á las órdenes de Asdrúbal, hijo de Giscon, lograron hacer frente á Escipion con 20,000 infantes, 6,000 jinetes y 140 elefantes, fuerzas á las cuales pronto se unieron las de Sifax que ascendían á 50,000 infantes y 10,000 jinetes nómadas. En tales circunstancias, Escipion renunció, por de pronto, á atacar á Utica y retrocedió á un punto fortificado, es decir, á una península que se internaba en el mar, situada, segun la conformacion de la costa en aquella época, al Este de la ciudad enemiga, y en la cual estaba anclada la escuadra. Sifax y Asdrúbal, hijo de Giscon, vigilaron atentamente, durante el invierno de 204 á 203, la nueva posicion del ejército romano, esperando que en la próxima primavera, aprestando una fuerte escuadra, podrian derrotar por completo á su enemigo; pero el jóven héroe romano, con astucia y atrevimiento parecidos á los que ocasionaron la toma de Nueva Cartago, consiguió librar una batalla decisiva que cambió por completo la faz de las cosas. Supo que el príncipe Sifax acariaba el proyecto de negociar la paz entre Roma y Cartago y con mas astucia que nobleza entró en las negociaciones. Durante ellas, habiendo advertido el mal servicio de centinelas nocturnos y el peligro de incendio que corria el campamento cartaginés á causa de la madera y de las cañas con que estaban construidas sus tiendas, mandó una noche á su amigo Lelio y al astuto Masinisa, que unia á su destreza guerrera la crueldad, la astucia y la osadía de los bárbaros, que cercaran y entregaran á las llamas el campamento enemigo. Mientras esto se llevaba á cabo, Escipion con su ejército se arrojó sobre los sorprendidos africanos y les hizo sufrir una derrota tal, que el gran ejército púnico se desbandó completamente.

Mientras Escipion dirigía nuevamente sus ataques contra Utica, reunieron los cartagineses y los nómadas un nuevo y numeroso ejército, robustecido con tropas auxiliares de Macedonia y con 4,000 mercenarios celtiberos; mas cuando estas fuerzas se encontraron con el ejército romano en el «gran campo» distante cinco jornadas de Utica, sufrieron, despues de un sangriento combate, tal derrota, que desde entonces los cartagineses no se atrevieron á entrar en batalla campal con su enemigo. Un ataque que la escuadra cartaginésa dirigió contra la romana, causó á ésta considerables pérdidas y obligó á Escipion á abandonar otra vez el sitio de Utica y á atravesar el territorio púnico, llevando á todas partes la destruccion y el saqueo.

La suerte, en cambio, reservaba á Roma una importante victoria: en efecto, el audaz príncipe Masinisa, con ayuda de Lelio, que se arrojó contra Sifax, no solo venció en todas partes á este caudillo, sino que, en 28 de junio, le hizo prisionero, y conquistó la ciudad de Cirta (hoy Constantina), apoderándose de todos sus tesoros y de Sofonisba, de suerte que desde aquel momento toda la Numidia estuvo á favor de los romanos y contra los cartagineses. La tradicion novelesca que nos pinta con colores igualmente poéticos la vida de Escipion y de Masinisa, añade que éste pensaba en hacer esposa suya á Sofonisba, que le habia sido adjudicada como botin precioso; pero que Lelio censuró tal propósito por temor de que los atractivos, los halagos y las palabras de la patriota adicta á los cartagineses, indujesen al nuevo señor de Numidia á declararse contra Roma. A consecuencia de

esto, exigió de Masinisa que entregara á Sofonisba á los romanos: pero el nómada, para evitarse esta afrenta y para evitar á la princesa la vergüenza de adornar con su presencia la próxima entrada triunfal de Escipion, proporcionó á la orgullosa cartaginésa el veneno que arrebató á Sofonisba á los severos romanos. Sifax murió prisionero en Roma.

En tales circunstancias, comenzó á predominar en Cartago la idea que sustentaba el partido de la paz: en su consecuencia, el partido de la guerra, hasta entonces dominante, hubo de retirarse y dejar que la minoría del Senado negociase una paz honrosa con Roma y con Escipion, que deseaba naturalmente conquistar la gloria de haber terminado la guerra. Para ello, se dirigieron los emisarios cartagineses al campamento del general romano, el cual, aleccionado por el ejemplo de Régulo, siendo bastante prudente y patriota para renunciar á la gloria de derrotar á Anibal y para dar, sin posteriores luchas, la paz á Italia, propuso preliminares hasta cierto punto moderados. Segun estos, los cartagineses debian entregar á los romanos todos los prisioneros y desertores itálicos, abandonar la España y todas las islas situadas entre Africa é Italia, ceder á Masinisa el reino de Sifax, pagar á los romanos una contribucion de 4,000 talentos y entregarles todos los buques hasta que la escuadra quedase reducida á veinte. Además, el gobierno cartaginés habia de pagar á los soldados romanos, durante el armisticio convenido, un doble sueldo. Al propio tiempo Cartago debía llamar á Magon y á Anibal, pues mientras las tropas de estos generales permaneciesen en territorio romano, no habia que esperar que se firmara la paz. Magon, despues que de Africa le habian sido enviados importantes refuerzos, habia llevado la intranquilidad hasta Etruria y conseguido penetrar hasta la comarca de Mediolanum, en donde fué herido en una batalla empeñada contra fuerzas romanas muy superiores, en la cual su ejército fué derrotado, viéndose obligado á retirarse á Génova. Este valiente general pereció mientras, cumpliendo el mandato del Senado, se dirigía al Africa.

En cambio, Anibal que en los años 204 y 203 habia librado dos batallas contra los romanos, obedeció con pena, y airado contra la adversa suerte, la orden que hacia vanos los trabajos de toda su vida. Embarcado con su ejército en Crotona, llegó al Africa á fines del año 203 ó á principios del 202, desembarcando en Adrumetum ó Leptis, en el territorio de Bizancio.

Los romanos, que ya en 204 habian visto con pena las intempestivas contiendas surgidas entre los dos vencedores del Metauro, Neron y Salinator, se entregaron á un entusiasta júbilo, en cuanto tuvieron noticia de que Anibal habia abandonado la Italia. El Senado ordenó el sacrificio de 120 bueyes y una fiesta que duró cinco días, y el anciano Fabio Máximo, que contaba noventa años, y á quien se debía mas que á nadie la salvacion del Estado, fué honrado con una corona, muriendo poco despues, sin poder presenciar las últimas escenas de esta gigantesca lucha.

No se sabe á punto fijo á cuál de las dos partes se debió el que fracasasen los antedichos preliminares de paz, para cuya ratificacion se habia enviado una embajada á Roma; quizá los cartagineses, animados con la llegada de las tropas de Magon y sobre todo de Anibal, no quisieron aceptar las nuevas condiciones que Roma les imponia. El partido de la guerra habia adquirido nuevamente preponderancia, lo cual, unido á la confianza que inspiraba el regreso de Anibal, hizo que se rompiese, sin consideracion alguna, el armisticio convenido con Escipion. Las armas hubieron, pues, de decidirse de nuevo la lucha en el suelo africano, y para ello hicieron ambos beligerantes grandes aprestos. Escipion recibió considerables refuerzos de Masinisa; Anibal robusteció su ejército y el de

Magon con mercenarios ligurios, celtas, baleares y africanos y con jinetes nómadas, hasta alcanzar el número de 50,000 hombres, con los cuales y con 80 elefantes salió de Adrumetum y se dirigió al encuentro de las tropas romanas.

Al llegar Anibal á la ciudad de Zama, al Oeste de Sikka, y distante cinco jornadas de Cartago, despues de haber fracasado la negociacion por él mismo dirigida y entablada con el general romano que desde Túnez habia avanzado al Sudoeste del valle del Bagradas, libróse, junto á la ciudad de Naragarra (hoy El Kef, situada en la frontera de Túnez y de la Argelia), una batalla decisiva, siendo objeto de controversia si se libró en la primavera del año 202 ó, lo que es mas probable, en 19 de octubre del propio año durante un eclipse de sol visible en el Africa. Anibal recurrió en aquella ocasion á todas sus fuerzas y á todo su arte para derrotar en el suelo patrio á los 34,000 soldados de Escipion y á la caballería de Masinisa. Los 80 elefantes que estaban en el centro, debian intentar el primer ataque contra el ejército romano; en las alas se encontraba la caballería, harto débil en esta ocasion, formando la izquierda la nómada y la derecha la cartaginésa. La infantería estaba distribuida en tres divisiones: la primera, compuesta de 12,000 mercenarios de todos paises, la segunda de las milicias cartaginesas, de los reclutas libios y de las tropas auxiliares macedónicas, y la tercera de los veteranos itálicos mandados por Anibal.

Escipion, por su parte, oponia á la caballería cartaginésa la itálica, á las órdenes de Lelio, y á la nómada de Anibal los compactos escuadrones de Masinisa: además, para resistir los ataques de la elefantería, se habian colocado los manipulos de las legiones uno detrás de otro, de tal suerte que cubrian los espacios que dejaban libres las tres filas en que estaba formado el ejército romano, habiéndose, tambien, dispuesto que la música militar romana y las descargas de los ballesteros espantaran á estos animales.

El plan de los romanos tuvo en esta parte un éxito completo: el ataque de los elefantes fué casi inútil; algunos de estos se dirigieron, hácia las alas y otros no quisieron, á pesar de las instigaciones de sus conductores, arrojarse sobre la infantería romana. La lucha se encarnizó cuando chocaron entre sí las masas de infantería de ambos ejércitos. La victoria parcial que en un principio consiguieron las milicias de Anibal sobre las primeras filas del ejército romano, quedó compensada y sin éxito cuando entró en accion la segunda de estas; entonces las milicias cartaginesas se portaron tan mal, que los mercenarios, creyendo que se les hacia traicion, comenzaron á cebarse en ellas. Anibal, que habia dirigido la batalla con sin igual energía, no tuvo mas recurso que dirigir, al frente de sus veteranos, un ataque contra los triarios romanos. Los restos del ejército romano destruido en Canas, lucharon por el desquite contra las últimas tropas escogidas de Anibal. Pero la victoria se decidió por Escipion cuando los cartagineses, pero que en esta ocasion por la aciaga suerte de Cartago estaba contra ellos, atacó, junto con los jinetes de Lelio, el centro enemigo; 2,000 soldados de Anibal perecieron; este general sufrió la primera y única, pero decisiva derrota de su heroica vida; y con unos centenares de los suyos se dirigió á Adrumetum, en donde procuró reunir los restos de su desgraciado ejército.

Escipion, desde el campo de batalla de Naragarra, se habia dirigido hácia los alrededores de Cartago, mientras el almirante Léntulo con la escuadra recorría los mares. Una vez dispersado junto á Túnez un nuevo ejército organizado á principios de diciembre por Vermina, hijo de Sifax, ya no se dió otra batalla campal. El mismo Anibal, en vista de las críticas circunstancias, aconsejó á los cartagineses que